

Nadie juega con su alma.»

Dejó de hablar Don Quijote,
Y todos le contemplaban
Sin atreverse á dar crédito
A tan súbita mudanza.
De todos modos, preciso
Fué creer lo que miraban:
El loco estaba muy cuerdo;
Mas por la posta marchaba,
Demostrando en sano juicio
Su profunda fe cristiana.

Hizo el Cura que saliese
La gente de aquella estancia
Y confesó al caballero
Que muy resignado estaba.
Fué á buscar el Bachiller
Al escribano, y á casa
Volvió con él al momento
Seguido de Sancho Panza.
Este encontró en su camino
A la sobrina y al ama,
Y al verlas, nuevos pucheros
Hizo, y vertió nuevas lágrimas.

Acabó la confesión,
Salióse el Cura á otra sala
Y dijo á los circunstantes:
—Se muere, no hay esperanza.
Alonso Quijano el Bueno
Cuerdo está, dejen que haga
Su testamento, pues quiere
Ver sus cosas arregladas.»

Al escuchar estas nuevas
Se redoblaron las lágrimas,
Los suspiros y sollozos
De la sobrina, del ama,
Y del cuitado escudero
Que su suerte lamentaban.

Y era en verdad bien sensible
Tan irremediable falta;
Que en tanto que Don Quijote
Estando tranquilo en casa,
Fué Alonso Quijano el Bueno;

Y en tanto que en sus andanzas
Y aventuras le llamaron
Don Quijote de la Mancha,
Siempre fué de condición
Apacible, dulce y blanda
Y todo el mundo le quiso
Aunque su error lamentara.

Con el escribano, todos
Penetraron en la cámara
Donde estaba el pobre hidalgo
Esperando su llegada.
Escribió aquél la cabeza
Del testamento y la cláusula
En que con piadoso intento
Encomendaba su alma
Guardando los requisitos
Que impone la fé cristiana.

Después de esto, llegó al cabo
El capítulo de mandas
Y comenzó el pobre enfermo
A dictar estas palabras:
—«Item: es mi voluntad
Que del dinero que guarda
Sancho Panza, á quien un día
Mi locura temeraria
Hizo mi escudero, quede
En su poder como paga
De servicios que me hizo...
Y buen provecho le haga.
—Eso no, responde Sancho;
Yo agora no quiero nada;
Vuesa merced no se muera
Que eso sería una lástima.
Tome mis consejos, viva
Hasta que yo diga basta,
Que no hay locura más grande
Que la de estirar las zancas.
Nadie, señor, le persigue,
Ningún malandrín le ataca,
Y eso de morirse ahora
Es una acción temeraria.
Fuera pereza, levántese

De esa maldecida cama
Y vestidos de pastores
Vamos al campo ¡caramba!
Que eso me tiene ofrecido;
Y al hombre por su palabra
Y al buey por el asta; vámonos,
Que tal vez tras de una mata
Cuando menos se lo cate.
Veremos desencantada
A su simpar Dulcinea
Emperatriz de la Mancha.
Y si morirse ahora quiere
Porque le venció el panarra
Aquel de la Blanca Luna
Que coman galgos y galgas,
Acháqueme á mí la culpa
Que motivó esa desgracia
Diciendo que á Rocinante
Cinché mal, y por mi causa
Vinieron los revolcones
Que sufrió en aquella playa.
Sobre todo, tenga en cuenta
Que la fortuna es volteria
Y que puede el hoy vencido
Verse vencedor mañana.
—Así es, dijo Carrasco;
Tiene razón Sancho Panza.
—Eso no, dijo el hidalgo;
No se cuenten más patrañas;
Yo no soy ya Don Quijote;
Soy Quijano en cuerpo y alma.
Pueda con vuestas mercedes
Mi arrepentimiento, y hagan
Por volver su estimación
Al que otro tiempo apreciaban.
Y puesto que ya no pueden
Atrás volverse las aguas,
Ponga el señor escribano
Lo que dictarle me falta.
«Item: mando á mi apreciable
Sobrina Antonia Quijana,
Que aquí se encuentra presente,

Mi hacienda á puerta cerrada,
Debiendo sacarse de ella
Lo que importaren mis mandas
Y los salarios que debo
A mi fiel y buena ama.
Dejo por mis albaceas
Al señor Cura, en compañía
Del señor Sansón Carrasco
Que también presentes se hallan.
Item: es mi voluntad
Que si la Antonia citada
Quiere casarse algún día,
Previa información se haga
Para averiguar si el novio
Tuvo alguna vez la audacia
De mirar un solo libro
De caballerías; y hagan
Porque ella le dé al instante
Unas sendas calabazas
Si los leyó; y si con él
Desobediente se casa,
Pierda su herencia, y empléese
Su importe en obras cristianas
Y pías. Item: suplico
Que si en cualquier circunstancia
Mis citados albaceas
Llegan á ver cara á cara
Al que compuso una historia
Que por esos mundos anda
Con título de *Segunda*
Parte de mi vida ingrata,
Le supliquen me perdone
El haber yo sido causa
De que su péñola ruda
A traición me calumniara.

.....
No bien dijo esto el hidalgo
Quedó tendido en su cama
Desmayado y macilento
Perdiendo de pronto el habla.
Alborotóse la gente,
Cundió al instante la alarma;

Mas vuelto de su desmayo
Renació la confianza.
Así entre luces y sombras,
Entre sonrisas y lágrimas,
Entre la muerte y la vida,
Y entre dudas y esperanzas,
Diéronle los sacramentos,
Viéronle llegar con santa
Resignación á los términos
De su última jornada.
Y después del tercer día
De haber dispuesto sus mandas,
Sin dolor cerró sus ojos,
Cruzó sus manos heladas
Y con un débil suspiro
A Dios entregó su alma.

.....
Y al cabo de muchos años
Dicen que se halló una lápida
En el atrio de la iglesia
De Argamasilla de Alba, (30)
Donde escrito aparecía
En letras medio borradas
El epitafio siguiente
Que nunca se dió á la estampa:



«Si llegas hasta este sitio,
»Detén, viajero, tu planta:
»Ora y descubre tu frente,
»Que aquí en una fosa helada
»Yace el *Ingenioso Hidalgo*
»*Don Quijote de la Mancha*,
»CREACIÓN DE MIGUEL CERVANTES
»SAAVEDRA, GLORIA DE ESPAÑA.»

CXL

Anverso y Reverso.—Conclusión.

Murió el bravo caballero;
Se extinguió la flor y nata
De los ilustres varones
Que alcanzaron justa fama.
Sucumbió; mas no por eso
Se vió extinguida su raza,
Que hay más quijotes que granos
De arena tienen las playas.

Quijotes que se hacen célebres
En pequeña ó grande escala,
Por los bienes que reportan
O por los males que causan.

Quijotes que lucen prendas
Grandes, chicas y medianas,
Según se advierte al momento
Si revista se les pasa.

Los que esclavos de la ciencia
Su salud y vida gastan
Por sorprender los secretos
Que la tierra esconde avara;

Los que observan á los astros
Que van en su eterna marcha
Girando sobre las órbitas
Que el dedo de Dios les traza,
Y al hacer disquisiciones
En las esferas abstractas
Olvidan los intereses
De su hacienda y de su casa;

Los que buscan en los polos
Regiones nunca exploradas
Y entre témpanos de hielo
Sepultan sus esperanzas;

Los que de pueblos salvajes
Civilizan las comarcas
Y en cambio tal vez obtienen
De los mártires la palma;

Los que en cetáceos de acero
Del mar al abismo bajan
Y á las naves invasoras
Con sus torpedos amagan.

Los que legan á la historia
Altos hechos, nobles páginas,
Ó con espíritu recto
Elaboran leyes sabias;

Los que la industria y las artes
Con su talento abrillantan
Y van en pos de una gloria
Que es efímera ó fantástica;

Los que sienten que la envidia
Sus dientes en ellos clava
Y sufren mil decepciones
Que el corazón le desgarran;

Los mártires del trabajo
Que nunca estímulo hallan
Y en un hospital sucumben
Só el peso de su desgracia.....

¿No son sublimes quijotes
Dignos de eterna alabanza
Que hacia el progreso conducen
Las sociedades humanas?

Los endiablados políticos
Que riñen con fiera saña
Por labrar á todo trance
Las venturas de la patria;

Los oradores empíricos
Que juegan con cien barajas
Y que se vuelven espuma
Sin verse en su fondo nada;

Los que engendran torpes bandos
Y promueyen asonadas
Por pescar una cartera,

Un entorchado, una faja,
Sin reflexionar á veces
Que al cabo de su jornada
Pueden nublar su conciencia
Las tempestades del alma
Y los enormes peligros
Que su honor y vida amagan.....
¿No son más locos, más tercos,
Que el Don Quijote de marras?

Los que á todo trance quieren
Torcer del tiempo la marcha
Resucitando vestiglos,
Dando vida á mil fantasmas;

Los que negras tradiciones
Supersticiosas y falsas
Quisieran inocular
En el fondo de las almas,
Desoyendo los preceptos
De la religión cristiana
Que es consuelo, paz, dulzura
Y caridad sacrosanta;

Los que todo cuanto tienen
Dieran de muy buena gana
Por traer al Santo Oficio
Con sus tormentos, sus llamas,
Sus graves inquisidores
Y sus corozas fantásticas.....
¿Qué han de ser sino quijotes
Que no reflexionan nada?

Los que pretenden en cambio
Valerse de la desgracia
De las ciegas multitudes
Víctimas de su ignorancia,
Y por caminos ignotos
Y sendas extraviadas
Lo desconocido buscan,
Lo que está prohibido aman

Y en demoler sólo piensan
Sin saber si algo levantan.....
¿No son menguados quijotes
De empedernida prosapia?

Los que á la miseria insultan
Mientras que triunfan y gastan,
Sin advertir que la suerte
Puede volverles la espalda;

Los viles calumniadores
Que ajenas honras desgarran
Y con tal fin se introducen
En donde nadie les llama;

Los que ponen la fortuna
De sus hijos á una carta,
Sin ver la herencia que dejan
De infortunios y de lágrimas;

Los que asesinan á un prójimo
Por un quitame esas pajas
Sin notar que ya el verdugo
Un patíbulo levanta;

Los que se entregan al hurto
Y á la embriaguez y á la crápula
Sin ver que siguen caminos
De perdición y de infamia.....

¿Qué son, más que unos quijotes,
Quijotes de infame raza,
Que van buscando aventuras
Sin corazón y sin alma?

.....
Los que luchan con ahinco
Por ver la virtud premiada,
La religión sin abusos,
Las leyes justas y sabias,
La justicia sin cohechos,
La riqueza siempre humana,
La pobreza más juiciosa
Y menos menospreciada;
Los que esto quieren y anhelan

Sepultar negros fantasmas
Que procreó el fanatismo
Y amamantó la ignorancia;

Los que quieren ver dichosa
Rica y feliz á su patria
Y aborrecen la política
Si es estúpida ó malvada;

Los que al talento respetan
Y al valor heroico acatan,
Si al talento y al valor
La probidad acompaña;

Los que aborrecen las torpes
Especulaciones falsas
Y al oro mal adquirido
No rinden culto ni párias;

Los que transigir no pueden
Con la doblez cortesana
Que lleva tras la lisonja
La traición aparejada;

Los que maldicen la usura
Que vive de la desgracia
Y ven miles de insolentes
Fortunas improvisadas
Que fingiendo patriotismo
Hacen sus agios y trampas;
Los que piden noble estímulo
Para el que sufre y trabaja
Y abominan al que explota
A la mujer desdichada;

Los que con afán pretenden
Que todo el mundo éntre en caja
Y que más perfectas sean
Leyes, costumbres y razas...

¿Qué son sino vanos émulos
Del ilustre papanatas
Que sufrió tantos reveses,
Sustos, palos y pedradas,
Como propina al que es bueno
La ciega injusticia humana?

Finalmente, los que andamos
Quemándonos las pestañas
Por destacar las bellezas
Ajenas, sin apropiárnoslas.
Puesto que su procedencia
Es evidente y bien clara;

Los que buscando lo ignoto
Advertimos que no hay nada
Nuevo, debajo del sol,
Según el sabio declara, (31)
Y que vale más lo viejo
Si lo nuevo es *una papa*,
O es la torpe apoteosis
De los vicios y la crápula,
O el cimiento de esa escuela
Que hoy se llama *pornográfica*;

Los que vamos por el mundo
Dando libros á la estampa
Que acaso habrán de valernos
Una zurra soberana;
Los que atrevidos pisamos
Las florestas literarias
Expuestos á que algún crítico
Mago feroz nos deshaga.....

¿Qué somos? Tristes quijotes
Que vamos rompiendo lanzas
Hayamos ó no nacido
En un lugar de la Mancha.

FIN DEL ROMANCIERO

NOTA

1. The following is a list of the names of the persons who have been appointed to the various committees of the Board of Directors of the Corporation.

2. The names of the persons who have been appointed to the various committees of the Board of Directors of the Corporation are as follows:

3. The names of the persons who have been appointed to the various committees of the Board of Directors of the Corporation are as follows: (The text continues with a list of names and committee assignments, which is mostly illegible due to the quality of the scan.)

NOTAS

(1)

«Si necesidad le ha de obligar á escribir, plega á Dios que nunca tenga abundancia, etc.»

(Aprobación para publicar la segunda parte de *El Quijote*.—Página 5 de este ROMANCERO).

No anduvo escasa en elogios la censura eclesiástica al conceder á Cervantes en 26 de Febrero de 1615, la oportuna licencia para dar á luz la segunda parte de *El Ingenioso Hidalgo*; ni tampoco estuvo menos explícito y rumboso el Consejo de Cámara del Rey; el cual refiriéndose á dicho libro y á su esclarecido autor, escribió las palabras siguientes: *es obra muy digna de su grande ingenio, honra y lustre de nuestra nación, y admiración y envidia de las extrañas.*»

A vueltas, sin embargo, de tan nobles y justas alabanzas, es preciso convenir en que ellas envolvían el más duro y sangriento sarcasmo; pues eso de desear que no saliera jamás el inspirado y aplaudido escritor de las afflictivas estrecheces de su miseria, para que *siendo él pobre, hiciese rico á todo el mundo*, con las valiosas joyas de su poderosa fantasía, llevaba envuelta una idea tan egoísta como poco caritativa, por más que se tratara en realidad de los regocijos y pasatiempos de la humanidad entera.

No queremos ni debemos hacer demasiado extensas estas notas; pero permítasenos decir que, en nuestro concepto, ha sido siempre el más estúpido de todos los absurdos el de creer que la pobreza y el hambre puedan servir jamás de poderoso estímulo al ingenio y á la actividad de los hombres de gran valía. Cervantes mismo, que tuvo siempre una vena tan fácil, una inventiva tan asombrosa y una fuerza de vo-

luntad tan inquebrantable, hubiera muerto tal vez oscurecido, sin escribir sus inmortales obras, á no haber hallado en su camino la influencia protectora de su benéfico Mecenas, el Conde de Lemos, al cual dirigió en su dedicatoria de la segunda parte del Quijote, las siguientes significativas palabras:— «Podéis volver, hermano, á vuestra China á las diez, ó á las veinte, ó á las que venís despachado, por que yo no estoy con salud para ponerme en tan largo viaje; además *que sobre estar enfermo, estoy muy sin dineros, y emperador, por emperador, y monarca por monarca, en Nápoles tengo al grande Conde de Lemos*, que sin tantos tituillos de colegios ni rectorías, me sustenta, me ampara y hace más merced que la que yo acierto á desear.»

Este discurso de Cervantes tiene más miga de lo que á primera vista parece.

(2)

Siendo probable que un día
Traducida la encontremos
En todas las lenguas cultas
O enrevesados dialectos.

(ROMANCE VI, página 21).

Según vemos consignado en una interesante Revista ilustrada de ciencias, artes y literatura, desde la fecha en que Cervantes dió á luz el *Quijote*, hasta el segundo semestre de 1876, iban publicadas 1.078 ediciones de dicha obra, clasificadas en la forma siguiente:

En lengua castellana, 419; en inglés, 304; en francés, 170; en italiano, 96; en portugués, 81; en alemán, 70; en sueco, 13; en polaco, 8; en dinamarqués, 6; en griego, 4; en ruso, 2; en rumano, 2; en catalán, 2; en vascuence, 1; en latín, 1.

Desde la fecha últimamente expresada, ó sea desde 1876 hasta hoy, los grandes adelantos que han experimentado el arte tipográfico y sus poderosos auxiliares el dibujo, la litografía, la cromolitografía, el grabado y el fotograbado, han contribuído de tal manera á multiplicar aquellas ediciones, ora de un modo extraordinariamente económico, ora por medio de lujosísimas y espléndidas impresiones, que bien puede asegurarse que el número de ellas es en el día casi incalculable.

(3)

Lo mismo en Andalucía
Que en Aragón y en Navarra
Y en Castilla y Cataluña
Y en Valencia y en la Mancha.

(ROMANCE XXI, página 63).

Cervantes pone en boca del Bachiller Sansón Carrasco un soneto que tiene muy poco que ver con la acción ni con los personajes de su fábula. Nos ha parecido oportuno poner la canción más en consonancia con los sucesos que á la sazón se desarrollaban, facilitando al propio tiempo el curso de nuestra narración, que no siempre puede ni debe ajustarse literalmente á las del inmortal novelista.

(4)

A Belerma que llevaba
Envuelto en un blanco lino
El corazón de su amante
Lanzando tristes suspiros.

(ROMANCE XL, página 131).

Gran partido supo sacar Cervantes de la cueva llamada de Montesinos, *que está en el corazón de la Mancha*, llevando á ella las borrosas tradiciones de los amores de Belerma y Durandarte, de que tratan nuestros antiguos Romanceros. Según éstos, Montesinos, primo y amigo del alma de Durandarte, encontró á éste, después de recia y sin igual batalla con los moros, tan herido y moribundo que apenas le quedaban alientos para hacerle presente sus últimos deseos amorosos. A pesar de esto le dirigió la palabra y le dijo:

«Oh! mi primo Montesinos!
Lo que agora yo os rogaba,
Que cuando yo fuere muerto
Y mi ánima arrancada,
Vos llevéis mi corazón
Adonde Belerma estaba,
Y servidla de mi parte
Como de vos yo esperaba,
Y traedle mi memoria
Dos veces cada semana.»

.....

«Abraçeisme, Montesinos,
Que ya se me sale el alma»

.....
«Muerto yace Durandarte
Al pie de una alta montaña:
Llorábalo Montesinos,
Que á su muerte se hallara:
Quitándole está el almete
Desciñéndole el espada;
Hácele la sepultura,
Con una pequeña daga
Sacábale el corazón
Como él se lo jurara,
Para llevarlo a Belerma,
Como allí se lo mandara.»

Según continúa el Romancero, el fiel Montesinos

«Llegó donde está Belerma,
De rodillas se postraba:
Quiere hablar y no acierta,
Y cuando acierta no osaba;
Mas al fin con poco aliento
Dice con la voz turbada:
—Nuevas te traigo, señora
Que son de grande desgracia!
—Primero que me las digas,
La dama le replicaba;
¿Qué es de tu querido primo?
¿Dónde esta? ¿Cómo quedaba?
—Muerto queda, mi señora,
Debajo una verde haya;
Véis aquí su corazón,
Yo mismo se lo sacara »

.....
Cuya víscera vió Don Quijote en manos de la encantada Belerma, la cual por artes mágicos del sabio Merlín, fué encerrada, lo mismo que Dulcinea del Toboso, en los misteriosos antros de la famosa cueva de Montesinos, que diz se halla situada en el corazón de la Mancha.

(5)

Con objeto de vengar
La muerte del Baldovinos.

(ROMANCE XL, página 134).

El juramento que hizo el marqués de Mantua al ver

muerto á su sobrino que fué asesinado en medio de un bosque, y que Cervantes pone repetidas veces en boca del valeroso hidalgo, se halla expresado así en nuestros antiguos Romances:

— «Juro por Dios poderoso
Por Santa María su Madre,
Y al Santo Sacramento
Que aquí suelen celebrare,
De nunca peinar mis canas,
Ni las mis barbas cortare;
De no vestir otras ropas,
Ni renovar mi calzare;
De no entrar en poblado,
Ni las armas me quitare,
Si no fuera una hora
Para mi cuerpo limpiare;
De no comer en manteles,
Ni á mesa me sentáre
Hasta matar á Carloto
Por justicia ó pelear,
Ó morir en la demanda
Manteniendo la verdade:
Y si justicia me niega
Sobre esta tan gran maldade,
De con mi Estado y persona
Contra Francia guerreare,
Y manteniendo la guerra
Morir ó vencer simpare.
Y por este juramento,
Prometo de no enterrare
El cuerpo de Baldovinos,
Hasta su muerte vengare.»

(6)

Aunque habrá algún enemigo,
Incluso el señor Hamete,
Que suponga que ha mentido.

(ROMANCE XL, página 135).

En varios pasajes de la segunda parte de *El Ingenioso Hidalgo*, parece que Cervantes pone en tela de juicio la veracidad del insigne caballero. Nosotros, más realistas que el rey en esta ocasión, no hemos querido rebajar el tipo de aquel puritano y sublime loco, ni suponer que mintió á sabiendas; creyendo firmemente que contó lo que soñó, y que soñó lo que estaba tan arraigado en su mente. Por esta razón hemos

puesto en boca de Sancho los conceptos que sirven de base á la presente nota.

(7)

Y con este camarada
Que nos viene acompañando
Podrá cenar esta noche
Si no encuentra en ello obstáculo.

(ROMANCE XLI, página 136).

Muchas veces al leer el interesante episodio de aquel paje que marchaba á la guerra *porque á ello le obligaba su necesidad*; y al repasar las cariñosas frases que Don Quijote le dirige recordando la ingratitud con que solían ser pagados los que envejecían sirviendo á su patria con las armas en la mano, hemos creído entrever frescos y palpitantes, los dolorosos recuerdos y las tristes reminiscencias que el valeroso soldado de Lepanto debía traer á su memoria al evocar los pasados sucesos de su agitada juventud y lo desatendido que estaba en su vejez, á pesar de sus infinitos merecimientos. Las siguientes palabras, con las cuales se aludía sin duda á sí mismo, se nos figuran dolientes y conmovedoras. «Según Terencio, dice, más bien parece el soldado muerto en la batalla, que vivo y salvo en la huida; y tanto alcanza de fama el buen soldado, cuanto tiene de obediencia á sus capitanes y á los que mandar le pueden; y advertid, hijo, que al soldado mejor le está el oler á pólvora que á algalia, y que si la vejez os coje en este honroso ejercicio, *aunque sea lleno de heridas y estropeado ó cojo, á lo menos no os podrá cojer sin honra, y tal que no se la podrá menoscabar la pobreza.*»

Tanto en este como en todos los demás pasajes de su obra, Cervantes respira siempre honor y probidad, por más que se trasluce en ellos un fondo lleno de tristeza y amargura que nosotros hallamos perfectamente lógico y justificado.

(8)

Que me estoy maravillando
Al ver que ya no le hayan
Al Santo Oficio acusado.

(ROMANCE XLVI, página 152.)

Aunque lo que ejecutaba Maese Pedro con su mono era una burda y grosera farsa, que sólo podía engañar á gente ignorante y crédula, era de temer que el Santo Tribunal to-

mase aquella en serio, como tomaba otras cosas no menos insignificantes y baladíes. El temor de Don Quijote no era enteramente infundado dada la abundancia de soplones ó denunciadores que por exceso de un fervor religioso extraviado ó por ganas de perjudicar al prójimo, todo lo abultaban y convertían en actos diabólicos, soliviantando en ciertas ocasiones á los jueces más compasivos y morigerados. De esta manera lo más sencillo se hacía punible, y lo más importante y trascendental parecía sospechoso, de lo cual nació el fatal estancamiento de las ciencias, las artes y la industria. Los hombres sabios que hacían tímidamente en secreto sus ensayos científicos estaban constantemente amagados de ser tenidos por hechiceros y entregados á Satanás en cuerpo y alma; pudiendo asegurarse que si en aquella época hubiera florecido el sabio Edisson, por ejemplo, y hubiera vivido en España, de seguro le hubieran acusado al Santo y poderoso Tribunal como miserable ejecutor de obras infernales.

(9)

Romances que escritos fueron
Por poetas castellanos.

(ROMANCE XLVII, página 153.)

Puede decirse que á medida que se iba formando el habla castellana, llamada romance para diferenciarla del latín y del árabe que entonces se usaban, la musa popular más bien que poeta alguno determinado, comenzó á sacar partido de esas composiciones métricas, asonantadas ó aconsonantadas que dieron vida á nuestros antiguos Romanceros, en los cuales, por regla general, se ponderaban las acciones caballerescas y las hazañas inverosímiles de ciertos y determinados personajes, más ó menos apócrifos ó verdaderos, que la tradición, corriendo de boca en boca y de padres á hijos, había ido revistiendo de sobrenaturales atributos y de prendas en extremo maravillosas. Los Romanceros, no fueron, pues, la obra de uno ni de varios individuos, ni de una sola generación, sino de España entera, que veía reflejado su valor en las heroicidades del Cid y de otros caballeros de este jaez, muchos de ellos completamente fabulosos. Estas leyendas, y otras que venían de Francia ó de otros países, vinieron á ser, una vez romanceadas por poetas castellanos, auxiliar poderoso de los libros de caballerías, y en tal concepto no pudo dejar Cervantes de hacer mención de ellos poniendo de relieve sus viciosas exageraciones.

(10)

—¿Y cómo salir podrás?

—Saltando por el balcón.

(ROMANCE XLVIII, página 158.)

Toda la relación que Cervantes puso en boca del pequeño auxiliar de Maese Pedro, se halla perfectamente ajustada á los antiguos romances castellanos, que tratan del rapto de Melisendra, llevado á cabo por el famoso Don Gaiferos, su esposo.

(11)

Librándoles de un terrible
Fin doloroso y siniestro.

(ROMANCE LV, página 181).

En la absoluta imposibilidad, so pena de hacer interminable nuestro ROMANCERO, de seguir paso á paso, todos los que Cervantes hizo dar á su héroe durante el transcurso de la segunda parte de su peregrina historia, nos hemos visto y veremos precisados á suprimir algunos pasajes que no estén enteramente ligados con la acción principal y argumento de la obra, según ya lo hicimos con la aventura del carro ó carreta de las Cortes de la Muerte, que nuestros lectores podrán ver si gustan en el capítulo XI de la referida segunda parte de *El Ingenioso Hidalgo*.

Por la misma razón antes indicada, hemos abreviado la atrevida y estupenda aventura del *Barco encantado*, si bien al abreviarla no nos creemos del todo dispensados de decir algo más sobre ella.

Sabrán los que hayan leído el *Quijote*, y los que no lo leyeron deben saber, que tan pronto como el valeroso caballero llegó al río Ebro, lo cual le produjo gran gusto por que contempló y miró en él la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso y la abundancia de sus líquidos cristales, se le ofreció á la vista un barco sin remos ni otras jarcias algunas, que estaba atado en la orilla á un tronco de un árbol que en la ribera estaba.

«Miró Don Quijote á todas partes, y no vió persona alguna, y luego sin más ni más se apeó de Rocinante, y mandó á Sancho que lo mismo hiciese del rucio, y que á entrambas bestias las atase muy bien juntas al tronco de un álamo ó sauce que allí estaba. Preguntóle Sancho la causa de aquel

súbite apeamiento y de aquel ligamiento. Respondió Don Quijote: has de saber, Sancho, que este barco que aquí está, derechamente, y sin poder otra cosa en contrario, me está llamando y convidando á que entre en él, y vaya en él á dar socorro á algún caballero ó á otra necesitada y principal persona, que debe de estar puesta en alguna grande cuita.»

Firme en esta creencia y suponiendo que el barco ha sido puesto allí por sabios encantadores para que lleve á cabo alguna colosal aventura, no da crédito á Sancho, el cual entiendo que el tal barco no es de los encantados sino de algunos pescadores.

Nada puede disuadir al valeroso hidalgo, el cual dejando á cargo de los referidos encantadores la manutención y conservación de ambas caballerías, salta al barco seguido del pobre escudero y cortando las amarras, es decir, el cordel con que aquel estaba atado, se abandona á los azares de la corriente que poco á poco los conduce hacia unas aceñas que en la mitad del rio estaban.»

Entonces los molineros de las aceñas, oyendo las voces que daba Sancho y advirtiéndole el gran peligro en que se hallaban aquellos dos hombres, salen á la orilla con largas varas, gritándoles que se detuvieran pues iban á una muerte segura; pero Don Quijote al ver sus rostros y ropas completamente enharinados, creyéndolos malandrines y follones, los apostrofa y desafía, sacando su espada y blandiéndola lleno de ardiente coraje; mientras el pobre Panza se encomienda á Dios y á todos los santos. Por fortuna los molineros compasivos, sin hacer caso de las bravatas del iluso caballero, logran desviar y detener el barco con sus palos; mas no con tanta fortuna que dejasen de trastornarlo, yendo Don Quijote y Sancho al fondo del rio del cual pudieron sacarles más muertos que vivos. Las lamentaciones del triste escudero, la interpretación que dió el hidalgo á su temerosa aventura y el haber tenido que pagar el valor del barco encantado que quedó deshecho entre las ruedas de las aceñas, forman un conjunto tan donoso y entretenido, que nos mueve á recomendar la lectura íntegra del capítulo XXIX de la segunda parte, en el cual se describe tan interesante aventura.

(12)

La Duquesa y el Duque muy afables
Hasta la puerta á recibirle fueron,
Y con ellos también un eclesiástico
De rostro grave y de fruncido ceño.

(ROMANCE LIX, página 191).

Lastimado Miguel de Cervantes por los disgustos que le

había ocasionado el envidioso eclesiástico que le indispuso con el Duque de Béjar, según insinuamos en la nota 4.ª de la primera parte de nuestro ROMANCERO, se expresa en los siguientes términos, aludiendo sin duda al referido religioso:

«La Duquesa y el Duque, dice, salieron á la puerta de la sala á recibirle y con ellos un grave eclesiástico, destos que gobiernan las casas de los Príncipes, destos que como no nacen Príncipes no aciertan á enseñar como lo han de ser los que lo son, destos que quieren que la grandeza se mida con la estrechez de sus ánimos, destos que queriendo mostrar á los que ellos gobiernan á ser limitados, les hacen ser miserables.»

La lección fué tan buena como merecida; pero esto debió granjearle nuevas y más implacables enemistades.

(13)

Las frases injuriosas que ha soltado
Y las graves ofensas que le ha hecho.

(ROMANCE LXI, página 198.)

Es en efecto un modelo de inventiva y de buena dicción el magistral discurso pronunciado por Don Quijote en su defensa, contestando á su displicente y descortés reprensor; advirtiéndose desde luego que quiso representar en el eclesiástico con quien el caballero contendía al religioso que, lleno de envidia y por medios reprobados y arteros, le indispuso con el Duque de Béjar. Basta citar las siguientes palabras del referido discurso para ver clara y trasparente la intencionada alusión:

«Si me tuvieran, dice, por tonto *los caballeros, los magníficos, los generosos, los altamente nacidos*, (aquí se refiere sin duda al mismo Duque de Béjar que había protegido á otros escritores y que tan mal se portó con él), *tuviéralo por afrenta irreparable*; pero de que me tengan por sandio *los estudiantes, que nunca entraron ni pisaron la senda de la caballería, no se me dá un ardite: caballero soy, y caballero he de morir si place al Altísimo: Unos van por el ancho campo de la ambición soberbia; otros por el de la adulación servil y baja; otros por el de la hipocresía engañosa, y algunos por el de la verdadera religión; pero yo, inclinada mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra.*»

(14)

Dispuestísimos á ser
Servidorísimos vuestros.

(ROMANCE LXXII, página 250.)

En el modo de hablar de la supuesta condesa Trifaldi que Sancho remedó con oportuna y graciosa truhanería, creemos entrever una fina sátira contra el lenguaje cortesano y palaciego tan aficionado á la hipérbole y tan amigo de usar toda clase de aumentativos y superlativos, tales como los de *ilustrísimo, excelentísimo, serenísimo, amantísimo, segurísimo, acendradísimo*, etc., etc.

(15)

«Para ser todo un perfeto
Gobernador...»

(ROMANCE LXXIX, página 285.)

El laborioso y distinguido escritor D. Martín Fernandez de Navarrete, en su *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, con la cual encabezó la REAL ACADEMIA ESPAÑOLA su esmerada y valiosa edición del Quijote, publicada en 1819, se expresa en los siguientes términos al tratar de la crítica finísima y trascendental que encierran las páginas de aquella obra maestra:

«Su crítica, dice (la de Cervantes), fué más general y de objetos más nobles é importantes; pues aun en el gobierno de Sancho, que entonces se tachó de inverosímil, no sólo quiso manifestar como asegura su coetáneo Faria, *la errada y ridícula elección de sujetos, que generalmente se notaba para los ministerios superiores*, sino la que en particular hacían los vireyes y comandantes de Italia, «proveyendo los gobiernos y otros destinos de consideración en gente sin calidad, sin instrucción, sin buenas costumbres, con gran mengua de nuestra nación, y desconsuelo de aquellos habitantes: observación práctica hecha por el mismo Cervantes en aquel país, y acomodada en esta invención; la cual es por esto (añade Faria) *tan verosímil, como cierto haber muchos Sanchos Panzas en tales gobiernos.*»

Hasta aquí lo dicho sobre el particular por el citado señor Navarrete. Nosotros sólo añadiremos que en punto á g. bernadores de ínsulas ó de tierra firme, tanto antiguos como modernos, pudiera decirse mucho de alguno de ellos; y Dios mediante diremos nosotros algo, en otra ocasión y en otro

lugar; debiendo advertir que estaremos en nuestro derecho y nos asistirá perfecta justicia si aludimos á las indignidades y desafueros de cierto miserable impostor que habiendo ejercido aquel importante cargo, no era más que un saco de mentiras y calumnias envueltas en chistes groseros, con los cuales abusando de su inmerecida posición procuró manchar alevosa y cobardemente en muchas ocasiones, las virtudes más nobles y acrisoladas.

(16)

Por la famosa concurrida Puerta
De Guadalajara.

(ROMANCE XCV, página 357.)

Todo el mundo sabe que la Puerta de Guadalajara, tan renombrada en aquellos tiempos, se hallaba en el mismo sitio que hoy ocupa lo que llamamos Puerta del Sol, y que con sus célebres gradas de San Felipe y su Mentidero de Madrid, era como lo es ahora, el punto de reunión de muchos mirones, desocupados y gentes baldías, según las llamó Cide Hamete.

(17)

Y sólo se persigue al delincuente
Sin preguntar cual es su religión

(ROMANCE CVII, página 419.)

No pudo expresar Cervantes sus ideas con el mismo calor, ó mejor dicho con la misma franca sinceridad con que nosotros lo hacemos al tratar de la expulsión de los moriscos; pero al través de ciertas excusas y de las ingeniosas concesiones y salvedades que tuvo que hacer para no entrar en imposible abierta lucha con las instituciones é ideas de su tiempo, deja entrever bien á las claras el piadoso interés y la cristiana conmiseración que llegó á inspirarle aquella raza proscrita que fué objeto de la más implacable persecución. En el episodio á que se refiere esta nota y en algunos otros que tendremos precisión de omitir, palpita ese generoso interés de un modo visible por más que aparezca velado por razones de alta y poderosa conveniencia religiosa, moral y política.

Es cuanto podía hacer para protestar contra aquellas terribles y despiadadas violencias que llevaron al cadalso, antes y después de aquella general é inexorable proscripción, á tantas y tantas víctimas desdichadas; y era al propio tiempo una delicada súplica y un consejo sabio y prudente dirigido

al formidable poder que así disponía de la vida y haciendas de tantos infelices, que siendo españoles y habiéndose sometido á las leyes y costumbres de sus vencedores, vivían pacíficamente en su mayor parte, anhelando vejetar y morir en el suelo de su patria querida.

(18)

Mientras me dan cordelejo
Cargue Judas con sus almas.

(ROMANCE CIX, página 432.)

Algo nos hemos apartado del texto destacando y poniendo en alto relieve las sospechas que cobijó Sancho en su mente, persuadiéndose al fin de que la posesión del gobierno no había sido más que una sangrienta burla que los Duques inventaron para divertirse á su costa. La cosa no podía ser más clara ni más tangible, y por rústico que fuese y por más escaso de instrucción que estuviera el pobre y asendereado escudero, no le faltaban luces naturales y malicia suficiente para apreciar la realidad de ciertas cosas, por lo cual al retirarse de la insula le hizo guardar Cervantes un obstinado y prudente silencio que no dejaba de ser en extremo elocuente.

(19)

Es patrón de aragoneses,
Fué protector de las vírgenes,
Murió mártir y llamábase
Don San Jorge el Invencible.

(ROMANCE CXIII, página 451.)

Por si acaso hubiese alguna lectora escrupulosa ó algún lector poco reflexivo, que acusen á Cervantes de haber querido extremar por burla la intención respetuosa de su héroe manchego al nombrar á los santos añadiendo á los nombres de éstos la partícula Don, que en nuestros días se ha hecho tan común, creemos oportuno disuadirles de tal sospecha que sería completamente injusta.

La palabra Don, según puede verse en los Diccionarios de la Academia de la Lengua Castellana, era en lo antiguo un título nobilísimo de gran distinción que apenas podían usarlo algunos nobles de muy elevada jerarquía. Por esta razón las personas devotas lo aplicaron á Dios, y á los Santos, que es precisamente lo que Don Quijote hace con gran veneración y respeto, y si el lector que duda quiere convencerse de la verdad que dejamos expuesta, traiga á su memoria aquellos dos antiguos versos que dicen:

•En el nome del padre que fizo toda cosa
Et de *Don Jesucristo* fijo de la Gloriosa,
con otras locuciones análogas que no consideramos necesario
repetir.

(20)

Don San Diego Matamoros
Que con celo á Cristo sirve.

(ROMANCE CXIII, página 452.)

Por si algún otro curioso lector aficionado á recoger y desentrañar toda clase de etimologías, ignora la razón por la cual aplicó Don Quijote el nombre de San Diego Matamoros, al antiguo y glorioso patrón de las Españas, el apóstol Santiago, creemos oportuno transcribir á continuación lo que acerca de este particular consigna Ambrosio de Morales en su *Crónica general de España*:

•El verdadero nombre deste Santo (dice) fué Jacobo, tomado del patriarca Jacob con poca diversidad. Mayor es la que nosotros los españoles hemos hecho corrompiendo poco á poco el vocablo, hasta extrañarle tanto, como ahora lo usamos. De Santo Jacob acertamos (como en los nombres propios ordinariamente solemos), y dijimos Santo Iaco. Cercenamos también de esto después algo, y quitando una letra, y mudando otra dijimos Santiago. No paró aquí el mudar, antes porque el Iago ó el Tiago por si no parece caer, ni sonar bien, comenzamos á pronunciar Diago, como en escrituras españolas de trescientos y doscientos años atrás se lee. Al fin, habiendo pasado por todos estos trueques, paramos en Diego para el nombre ordinario, quedándonos con el de Santiago cuando nombramos al Santo •

(21)

Y entre moros y cristianos
Las luchas hace imposibles.

(ROMANCE CXIII, página 452.)

Según piadosas tradiciones recogidas por graves historiadores antiguos, siempre que los cristianos españoles sostenían rudas y recias batallas con los moros, nuestro gran Santiago Apóstol, patrón de España, solía aparecerse sobre un magnífico caballo blanco con vestiduras de este color, y colocándose á la cabeza de aquellas huestes, sembraba el espanto y la consternación entre los perros infieles sectarios de Mahoma, los cuales huían despavoridos, dejando sembrado el campo con cientos de miles de cadáveres, sin que apenas muriesen al-

gunos poquísimos cristianos. Estas apariciones comunicaban tanta fe, tanta bravura y tan férvido entusiasmo á los soldados defensores de la fe de Cristo, que á la voz de *Santiago ¡cierra España!* cerraban en efecto contra sus enemigos cayendo sobre ellos á manera de terrible y poderosa avalancha.

Sobre ese grito de guerra hablan Don Quijote y Sancho después de haber pasado revista á los cuatro santos de á caballo que nos han proporcionado título para el romance á que esta nota se refiere. «Yo quería, dice curioso el escudero, que vuesa merced me dijese ¿qué es la causa porque dicen los españoles cuándo quieren dar alguna batalla, invocan lo aquel San Diego Matamoros, Santiago y cierra España? ¿Está por ventura España abierta y de modo que es menester cerrarla? ¿ó qué ceremonia es esta?»

Nada contesta Don Quijote á esta pregunta, contentándose con explicar á Sancho los grandes favores que hizo el gran caballero de la cruz bermeja á los cristianos españoles en sus luchas con los agarenos.

De todos modos, dada esta celestial protección, era imposible que los moros pudieran guerrear con los que lógicamente debían resultar siempre vencedores.

(22)

La primera es que en el prólogo
Sólo estampó indignidades.

(ROMANCE CXVII, página 46).

Llevó hasta tal extremo su cinismo y su mala intención el falso Avellaneda, que no contento con zaherir é insultar á Cervantes en el prólogo de la *quinta* parte del Ingenioso Hidalgo de la Mancha (pues sabido es que en la primera edición lo dividió en cuatro partes nuestro inmortal novelista), dijo de éste, entre otras groserías, que era *soldado tan viejo en años cuanto mozo en bríos y con más lengua que manos* (aludiendo á su gloriosa manquedad); llevando tan adelante su audacia y su desvergüenza, que no tuvo reparo en estampar estas frases: *quéjese de mi trabajo por la ganancia que le quito de su Segunda parte.*

No le bastó, pues, el atentar contra los merecimientos y bien adquiridas glorias de Cervantes, sino que al apoderarse de su pensamiento que constituía una sagrada propiedad literaria, estando con vida el verdadero autor del Quijote, que á la sazón se ocupaba en continuar su obra, quiso perjudicarle en sus intereses materiales. Sólo por este hecho y prescindiendo de todo parangón entre ambas producciones, que tampoco lo admiten, la posteridad ha sido justa, según he-

mos dicho antes, condenando al desprecio al miserable intruso que no tuvo valor para dar á conocer su verdadero nombre. Hay quien cree que el supuesto Alonso Fernández de Avellaneda era, según indicamos en una de las notas de nuestra primera parte, nada menos que el famoso padre Aliaga, confesor del rey, y muy influyente en eso que llamamos hoy elevados círculos. Otros dicen que fué un cierto compositor de comedias que picado y quejoso de haberse visto comprendido en la censura general que hizo Cervantes del teatro, usando del ardid de mancomunar su causa con la de Lope, tuvo la audacia de querer competir con aquél, insultándole al propio tiempo.

(23)

Pues dice que la mujer
De Sancho, se llama... ¡pásmense!
Se llama Mari Gutierrez,
Mostrando que está ignorante
De que se llama Teresa
Panza; y si en este detalle
Yerra, ¿qué hará en los demás
Que no son tan importantes?

(ROMANCE CXVII, página 470.)

Queriendo Cervantes rebatir y rechazar la fábula del falso y menguado Avellaneda, no estuvo justo en esta ocasión, pues vino á desmentirle confirmando su propio error y el descuido con que había tratado el mismo asunto llamando á la mujer de Sancho unas veces Juana Gutierrez, otras Mari Gutierrez, otras Teresa Panza, y alguna que otra Teresa Cascajo, aunque este último nombre pudiera desaparecer tomando el apellido de su cónyuge.

Por esta razón, Don Vicente de los Ríos, Académico de la Lengua, dice en su notable análisis del Quijote, que Cervantes no tiene disculpa ni merece perdón al decir que Avellaneda alteró la verdad dando el nombre de Mari Gutierrez á la mujer de Sancho. Este fué, añade, el nombre que la dió en su primera parte el mismo Cervantes; y así en él estuvo la falta cuando en la segunda se le mudó en Teresa Panza; no en Avellaneda que le conservó el primitivo.

Estos lunares no destruyen sin embargo las grandes bellezas del Quijote, y bien merece disculpa el que á una edad tan avanzada dió muestras de tanta lozanía intelectual, á pesar de que debía sentir conturbado su espíritu al ver la miseria y la villanía de sus envidiosos émulos y detractores.

(24)

Que la paciencia se agota
 Cuando es indigno el ultraje.

(ROMANCE CXXII, página 474.)

De los datos que suministra la lectura algo concienzuda del *Quijote*, se desprende que Cervantes tenía ya escritos cincuenta y ocho capítulos de la continuación de su obra, cuando recibió la rara noticia de haber visto la luz pública el libro del supuesto Fernández Avellaneda. Este atentado le debió impresionar extraordinariamente, con tanta más razón cuanto que se sentía lastimado por los groseros insultos que le dirigió aquel advenedizo, llamándole viejo, lenguaraz, tullido y hasta casi cobarde. La ofensa por lo injusta era capaz de conmover é indignar al mismo pacientísimo Job.

Tenía el ilustre Cervantes suficientes conocimientos en bella literatura para comprender que entonces, lo mismo que ahora, un libro puede comunicar ideas para escribir otros semejantes; que las obras antiguas suelen refundirse cuando hay necesidad de ello, que la prosa de unos puede convertirse en versos de otros, que la tradición engendra el cuento, el cuento la leyenda, la leyenda el drama, el drama la novela y la novela el poema lírico, cosa que estamos viendo todos los días; que se vió antes y se verá siempre, dado que no puede existir la originalidad absoluta en toda su extensión. *La Celestina*, *El Lazarillo del Tormes* y otras muchas obras nacionales y extranjeras, anteriores á Cervantes, habían sido comenzadas por unos y terminadas por otros con los mismos accidentes y personajes, siendo objeto de infinitas imitaciones. La traducción en verso ha impreso siempre un verdadero sello de originalidad, toda vez que este trabajo pide mucha paciencia, y notable conocimiento del idioma y no escasa porción de ingenio, aunque nos esté mal el decirlo; pero lo que hizo Avellaneda, viviendo Cervantes, que ya tenía anunciada la próxima publicación de la segunda parte de su obra, no tiene ejemplo ni antecedentes en los fastos literarios: aquello fué un robo descarado y punible digno del más severo y ejemplar castigo.

A pesar de esto, nuestro gran novelador, cuyas prendas personales han sido justamente apreciadas por la posteridad, procuró dominar los ímpetus de su justa indignación hasta llegar á decir estas nobilísimas palabras: «Retrátame el que quisiere; pero no me maltrate.»

Antes de terminar esta nota no podemos resistir á la tentación de transcribir los dos párrafos siguientes, que tomamos de la *Vida de Cervantes*, escrita por el insigne crítico Don Vi-

cente de los Ríos, y que fué publicada en 1787 por la Real Academia Española:

«Sus principales virtudes, dice refiriéndose á su biografía, fueron la sinceridad, moderación, réctitud y agradecimiento. Tenía aquella sencillez nativa, que se conserva tratando más con los libros que con los hombres; pero la tuvo exenta del embarazo y encogimiento que suele notarse en los que tratan únicamente con los libros. Sabía vivir al lado de los Grandes que le protegieron, y supo retirarse con discreción para no abusar de sus favores. Amaba la tranquilidad, y perdía su desenfado y gracia natural, cuando no estaba solo con su ingenio, su aplicación y su reposo: por esto aunque vivió casi siempre en Madrid, nunca aspiró á ser cortesano. Alejáronle de aquel forzoso desasosiego y disimuló su modestia y su penetración: conocía muy bien que las alegrías de la corte son visibles, pero falsas, y sus pesares verdaderos, aunque ocultos.»

«Era igualmente recto que agradecido; pero su gratitud fué mucho más feliz que su integridad. Con aquella conservó los amigos y apasionados, que le granjeaba su condición mansa y apacible, y con esta ofendió á muchos, que ofuscados con su amor propio, no podían sufrir la luz de la verdad que brilla en sus obras, sin embargo de estar suavizada con el velo de la urbanidad, discreción y modestia.»

(25)

Esto será, si Dios quiere,
Sobre el día veinticuatro,
Día de San Juan Bautista.

(ROMANCE CXXII, página 501.)

Según el curioso cómputo ó estudio cronológico hecho por el antes citado Don Vicente de los Ríos, Don Quijote no pudo llegar á Barcelona el día de San Juan, sino ya bien entrado el otoño. «Esto confirma, añade el señor Ríos, que Cervantes escribió su Quijote de primera mano, sin detenerse á confrontar unos lugares con otros y sin sujetarse á llevar una serie calculada en la cronología de su fábula.»

(26)

Que está recién impresa en Tarragona
Según creo haber visto en la portada.

(ROMANCE CXXIII, página 505.)

Hemos dicho antes que el *Quijote* de Avellaneda se imprimió en dicha ciudad en 1614. Poco después debió hacerse otra

edición en Barcelona, si hemos de atenernos á lo que dijo Cervantes al describir la visita que hizo Don Quijote á una imprenta. Dicho libro, que no está del todo mal escrito y del cual ha sacado partido algún notable escritor de nuestros días tomando leyendas y fragmentos, sin citar su origen y como cosa suya, fué traducido al francés por el famoso Mr. Le Sage, que le limpió de muchas indecencias, añadiéndole y mejorándole. Por esta traducción que algunos creyeron fiel y literal, la obra subrecticia obtuvo bastante éxito que no pudo dejar de ser efímero y pasajero. No faltó, sin embargo, algún escritor apasionado que motejando y ofendiendo á Cervantes ensalzó neciamente la obra del miserable intruso; pero repetimos que ese triunfo fué tan superficial como poco duradero.

(27)

Que por abreviar la historia
Forzosamente omitimos.

(ROMANCE CXXVII, página 521.)

Es en extremo curiosa é interesante la visita que Don Quijote y Sancho Panza, en compañía de Don Antonio Moreno, hicieron á las galeras que se hallaban en el fondeadero de Barcelona; pero hemos tenido que prescindir de ella para llegar más pronto al final de nuestro ROMANCERO. Los que no hayan leído la obra del inmortal CIDE HAMETE pueden acudir á ella y ver el capítulo LXIII de la segunda parte, que trata de aquella notable aventura en la cual halló Sancho á su paisano el desterrado morisco Ricote, á la hermosa hija de éste y á otras personas notables residentes á la sazón en aquella famosa ciudad. Son donosas en extremo las impresiones que experimentó el valiente caballero al ver los honores que le hacían los barcos disparando sus cañones de crujía y haciendo otras evoluciones, y no son menos divertidos los temores que sintió Sancho Panza; el cual, cuando menos lo pensaba, fué asido por la chusma y dejado por unos y tomado por otros, rodó de mano en mano por las dos bandas de babor y estribor hasta volver de nuevo, siempre en volandas, á la popa del buque que había sido su punto de partida.

(28)

No más martirios ó por Dios bendito
Que con mis uñas os haré pedazos.

(ROMANCE CXXXIV, página 568.)

La escena lúgubre que se representaba, los paños mortuorios, los tablados cubiertos de luto, las sentencias inexora-

bles de los reyes Minos y Radamanto, aquel cadáver cubierto de flores para hacer más interesante la muerte, la hopa, la corozca, las mamolas, los alfilerazos, las lamentaciones, las protestas y desesperación del afligido Sancho y el gritar este: «*afuera, Ministros infernales, que no soy yo de bronce para no sentir tan extraordinarios martirios.*» (palabras textuales del Quijote), parece que forman un todo misterioso que envuelve alguna valerosa y trasparente alusión; alusión que no sabemos cómo la dejaron pasar los suspicaces familiares del Santo oficio.

(29)

Después de algún incidente
Que contar no es necesario,
Nuestros dos aventureros
Hasta su aldea llegaron.

(ROMANCE CXXXVIII, página 568.)

Hemos hecho caso omiso de la entrevista que tuvo Don Quijote con Don Alvaro Tarfe, uno de los principales personajes que figuran en el libro de Avellaneda, porque este episodio en nada disminuye ni aumenta la gran valía de la obra del insigne tullido de Lepanto; el cual, tanto en este pasaje como en otros, satisfizo su justa indignación dando severas lecciones á su perverso y cobarde competidor, que no quedó con ganas de volver á injuriarle públicamente. En el episodio á que nos referimos Don Quijote hace declarar á Don Alvaro que el Quijote de Avellaneda es apócrifo, falso y mentiroso. Conseguído esto, el héroe de la Mancha se decide á penetrar en su aldea.

(30)

Dicen que se halló una lápida
En el atrio de la iglesia
De Argamasilla de Alba.

(ROMANCE CXXXIX, página 599.)

Es general la creencia de que el lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiso acordarse Cervantes al comenzar su obra, fué el referido Argamasilla de Alba; siendo origen de la tal creencia la prisión que se dice sufrió en dicho pueblo y el mal trato que le dieron los vecinos del mismo, cuando en calidad de Juez ejecutor ó comisionado de apremio quiso compelerlos al pago de las cantidades que adeudaban al gran priorato de San Juan. Sobre este particular, no del todo justificado, son sumamente curiosas las noticias que nuestros

lectores pueden ver en las obras de Ríos, Pellicer, Navarrete y otros biógrafos de Cervantes; siendo en nuestro concepto cosa completamente exacta y verídica que nuestro célebre autor debió sufrir en Argamasilla algún bárbaro atropello, y que en desquite de tal desman hizo que Don Quijote y Sancho fuesen naturales de dicho pueblo, al cual alude al final de la primera parte de su obra, transcribiendo los versos dedicados al valeroso hidalgo, á Dulcinea del Toboso, á Rocinante y á Sancho Panza, por los ilustres personajes bautizados por él con los rimbombantes nombres ó epítetos de monicongos, paniaguados, caprichosos, discretísimos, burladores, cachidiablos y tiquitoques académicos argamasillescos. Sobre este particular puede tenerse también en cuenta el libro que ya citamos en las notas del primer tomo, que dió á luz hace algunos años D. Ramón Antequera, alcalde que fué del citado lugar de Argamasilla.

(31)

Los que buscando lo ignoto
Advertimos que no hay nada
Nuevo debajo del sol
Según el sabio declara.

(ROMANCE CXI, página 605.)

Entiéndase que en esta ocasión solamente nos referimos á las obras puramente literarias, á los estudios ideológicos y á cuanto se refiere á las facultades narrativas, sin tratar en modo alguno de las especulaciones de la ciencia y del arte, que constantemente nos están sorprendiendo y asombrando con nuevas manifestaciones de la inteligencia humana y con maravillosos descubrimientos que las antiguas generaciones apenas se hubieran atrevido á soñar.

Antes de terminar la árdua tarea que nos impusimos al comenzar nuestro ROMANCERO, creemos oportuno hacer presente á nuestros lectores que no hemos sido los únicos, ni somos los primeros que hemos puesto la mano en *el Quijote*.

Fresca debía estar todavía la tinta con que se imprimió tan interesante obra cuando nuestro sutil y celeberrimo poeta Don Francisco de Quevedo escribió su romance titulado «Testamento de Don Quijote»; pero aunque su composición se halle magistral y graciosísimamente escrita, resulta chabacana é impropia por haberse apartado de la situación triste, grave y solemne en que Cervantes colocó en el lecho de muerte á su desengañado y arrepentido protagonista.

También nuestro tierno, delicado y fecundo poeta D. Juan

Melendez Valdés llevó al teatro en 1784 las figuras de Don Quijote y Sancho Panza, haciéndolos tomar parte en una pieza pastoral titulada *Las bodas de Camacho* que fué premiada por el gobierno en público certamen y se representó en Madrid para solemnizar las paces celebradas con Inglaterra y el nacimiento de dos príncipes gemelos. Esta producción, en la cual quiso Melendez resucitar la Arcadia y reproducir las patriarcales costumbres del siglo de oro, ingiriendo á la vez las figuras grotescas del andante caballero y de su rústico fámulo, tuvo un mediano éxito al ponerse en escena, porque no sólo se apartaba demasiado de la vida real y positiva, sino porque también difería mucho del episodio pintado por Cervantes que hizo jugar en él á unos labradores ricos y no á elegantes y atildados pastores y pastoras de existencia dudosa y puramente imaginaria.

Cien años antes de que Melendez Valdés escribiera la obra indicada, se había representado en el teatro holandés una comedia con el título de *Don Quijote en las bodas de Camacho*. Su autor, Lakgandy, según asegura Don Manuel José Quintana en su «Noticia histórica y literaria de Melendez», tenía sólo diez y seis años cuando la escribió, y después la mejoró tanto que ha vivido en la escena mucho tiempo.

En 1617, Francisco de Avila, natural de Madrid, publicó el *Entremés famoso de los invencibles hechos de Don Quijote de la Mancha*, tomando por acción la llegada á la venta en su primera salida, la vela de las armas y las ceremonias de ser armado caballero: y delante de Felipe IV y de su corte se representó el martes de Carnestolendas, 24 de Febrero de 1637, una comedia intitulada *Don Quijote de la Mancha*. Según el ilustrado crítico señor Fernández de Navarrete, de quien hemos tomado este último dato, en el teatro francés existían por lo menos á principios del siglo, siete dramas inspirados por la obra de Cervantes. En otras naciones sucedió lo mismo.

En Inglaterra se hicieron dos traducciones en verso de la primera parte. Existen además otras muchas obras sacadas del Quijote, y se han publicado libros especiales recopilando los refranes y los pensamientos más culminantes del inmortal poema. Se han escrito historias de Sancho Panza, el Quijote de los niños y otros libros análogos. Nosotros hemos ido más adelante. Plegue á Dios que nuestro trabajo sea bien acogido por el público imparcial é inteligente.

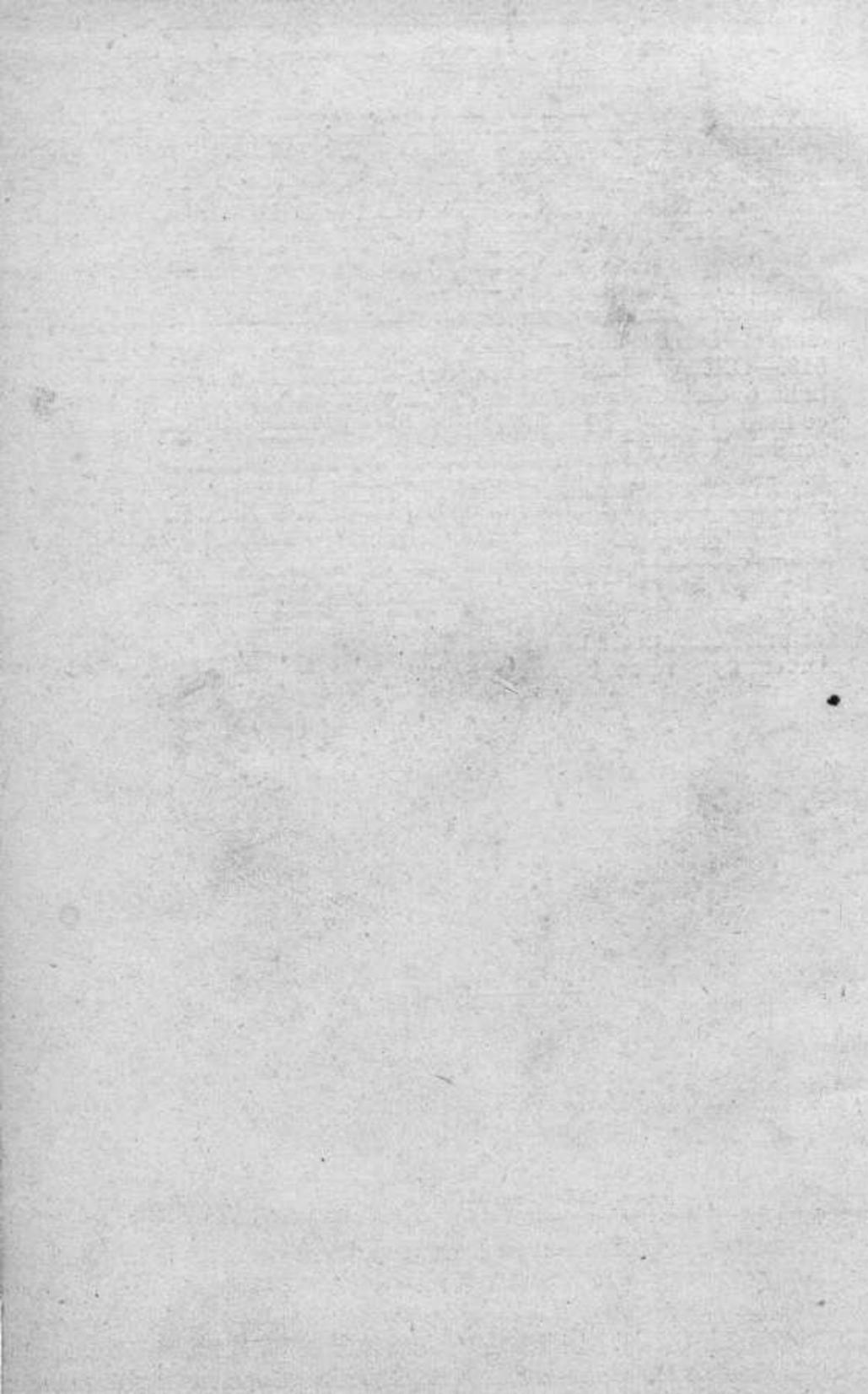
Madrid: Enero 1890.

ÍNDICE

ROMANCE I. La convalecencia. Visita, página 5.—II. Don Quijote siempre el mismo, 7.—III. Héroes de antaño, 10.—IV. Á la querencia, 13.—V. Coloquios, 14.—VI. Sansón Carrasco, 20.—VII. Resolución, 25.—VIII. Teresa Cascajo, 27.—IX. Gestión inútil, 29.—X. Mina y contramina, 31.—XI. Petición de salario. La tercera salida, 32.—XII. Al Toboso, 37.—XIII. En el Toboso, 41.—XIV. Indagaciones. Revelación, 43.—XV. La embajada, 46.—XVI. Donde Sancho entra en cuentas consigo mismo, 49.—XVII. Mentiras sobre mentiras, 52.—XVIII. Maleficio, 54.—XIX. Pelos y señales, 57.—XX. Al lector, 60.—XXI. Caballeros y escuderos, 62.—XXII. Como lirones, 66.—XXIII. El caballero del Bosque. Reto, 68.—XXIV. Pujos marciales, 72.—XXV. Duelo, 75.—XXVI. Victoria, 79.—XXVII. El mandato. Explicaciones, 83.—XXVIII. El del Verde Gabán, 87.—XXIX. Don Quijote pintado por sí mismo, 89.—XXX. Vida tranquila, 91.—XXXI. Los leones, 95.—XXXII. Valor sin segundo, 98.—XXXIII. No hay más allá, 102.—XXXIV. Las bodas de Camiacho, 106.—XXXV. Sancho se desayuna, 110.—XXXVI. Regocijos, 115.—XXXVII. Basilio y Quiteria, 117.—XXXVIII. La cueva de Montesinos, 123.—XXXIX. Descenso y ascenso, 127.—XL. Lo que vió Don Quijote, 130.—XLI. La ermita y la venta, 135.—XLII. Llenezas de un héroe, 139.—XLIII. Los dos regidores, 140.—XLIV. Lo que puede la fama, 143.—XLV. El mono adivino, 145.—XLVI. Escrúpulos, 151.—XLVII. El retablo. Representación, 153.—XLVIII. El rapto de Melisendra, 156.—XLIX. Hecatombe, 159.—L. Quien rompe, paga, 162.—LI.

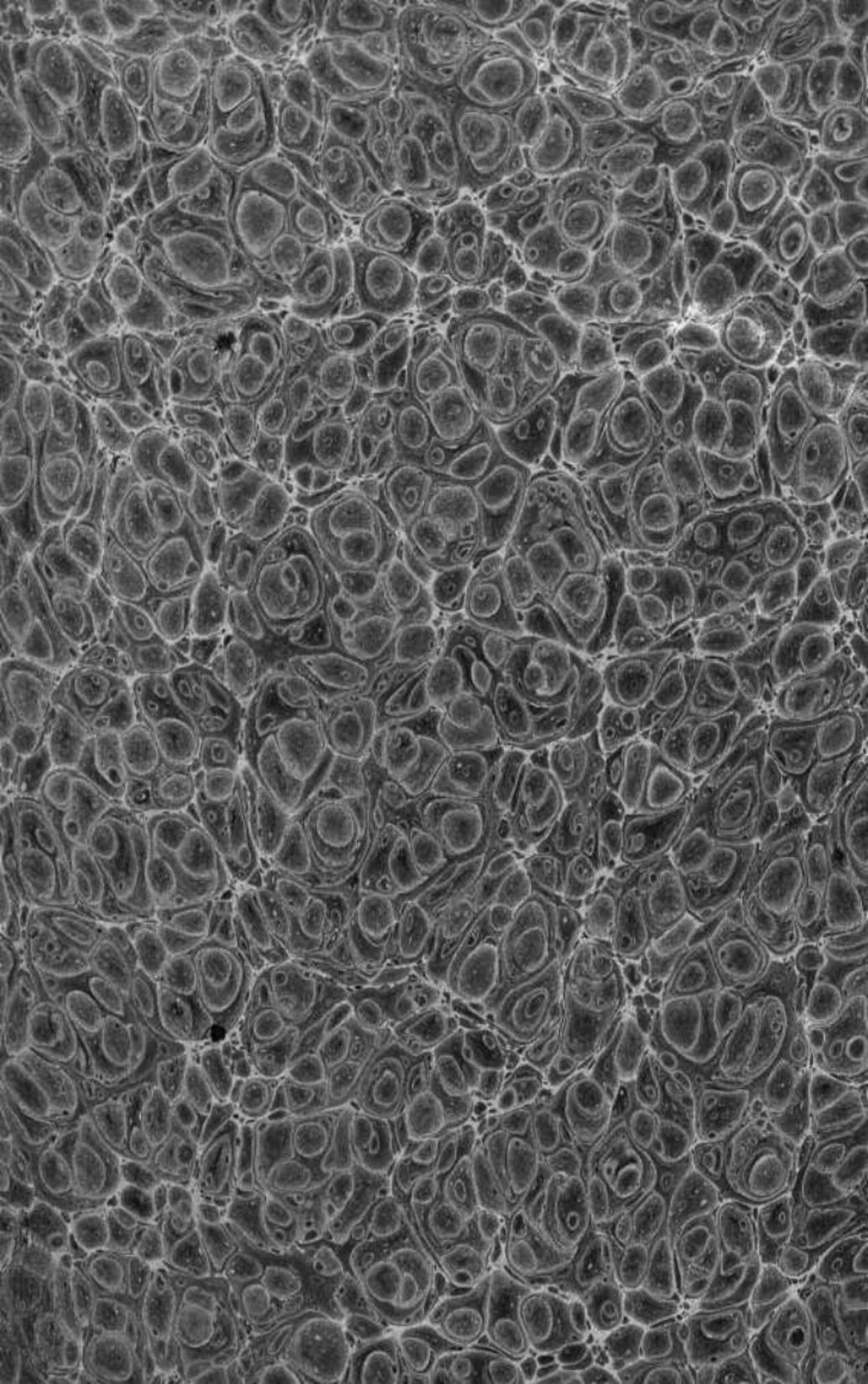
Donde se declara quién era maese Pedro, 165.—LII. El rebuzno, 168.—LIII. Sancho se hace orador. Alusiones fatales, 172.—LIV. Disidencias, 175.—LV. Luces y sombras, 180.—LVI. Explicaciones, 183.—LVII. La mansión de los Duques. Recibimiento, 185.—LVIII. Muda honesta y necesaria, 188.—LIX. Don Quijote en candelero, 190.—LX. Otro cuento de Sancho, 192.—LXI. La Insula en lontananza, 196.—LXII. Lavatorios, 199.—LXIII. Ceremonias, 204.—LXIV. Glorias y percances, 211.—LXV. El programa de Sancho, 216.—LXVI. Apariciones, 220.—LXVII. Desencanto en perspectiva, 225.—LXVIII. Protestas, 229.—LXIX. Avenencia, 233.—LXX. Una carta de Sancho, 238.—LXXI. Trifaldin de la Barba Blanca, 245.—LXXII. La Condesa Trifaldi, 248.—LXXIII. Donde la Dueña Dolorida comienza su historia, 252.—LXXIV. El gigante Malambruno, 256.—LXXV. Clavileño el Alígero, 260.—LXXVI. Vacilaciones, 267.—LXXVII. Viaje aéreo, 272.—LXXVIII. Lo que Sancho vió en el cielo, 276.—LXXIX. Consejos de Don Quijote, 283.—LXXX. Nuevas advertencias, 288.—LXXXI. Refranes y más refranes, 291.—LXXXII. Á la insula, 296.—LXXXIII. Serenata. Apuros amorosos, 298.—LXXXIV. El señor Gobernador, 304.—LXXXV. Justicia á secas, 309.—LXXXVI. La querrellosa, 312.—LXXXVII. Sancho el sabio, 315.—LXXXVIII. Cuitas amorosas, 319.—LXXXIX. Aventuras nocturnas. Requerimientos, 322.—XC. El Doctor Pedro Recio, 328.—XCI. Régimen dietético, 330.—XCII. Sancho el fuerte. Los deberes de un cargo, 335.—XCIII. El hombre de Miguel Turra, 340.—XCIV. Doña Rodriguez, 348.—XCV. Historia lastimosa, 352.—XCVI. Revelaciones. Azotes y pellizcos, 357.—XCVII. De ronda, 363.—XCVIII. Teresa y Sanchica Panza, 366.—XCIX. Sueños felices, 372.—C. Don Quijote escribe á Sancho, 377.—CI. Sancho escribe á Don Quijote, 381.—CII. La demanda. Desafío, 388.—CIII. La vuelta del paje, 394.—CIV. El asalto. Catástrofe, 400.—CV. ¡Pobre Sancho!, 405.—CVI. Resolución irrevocable, 408.—CVII. El Desterrado, 415.—CVIII. El gozo en un pozo, 423.—CIX. En salvo, 427.—CX. El combate.—Amor súbito, 433.—CXI. Transmutaciones, 438.—

CXII. La partida, 441.—CXIII. Cuatro santos de á caballo, 448.—CXIV. La celada, 453.—CXV. Arcadia peligrosa, 457.—CXVI. Nuevos personajes, 463.—CXVII. Adiós, Zaragoza, 469.—CXVIII. Rebeldía, 475.—CXIX. Roque Guinart, 479.—CXX. Lo que hacen los celos, 485.—CXXI. Vida azarosa, 490.—CXXII. En marcha, 496.—CXXIII. Don Quijote en Barcelona. Entrada triunfal, 503.—CXXIV. Exhibiciones. Sarao, 507.—CXXV. La cabeza encantada, 513.—CXXVI. La imprenta, 521.—CXXVII. El caballero de la Blanca Luna, 525.—CXXVIII. Percance fiero, 529.—CXXIX. Retirada, 534.—CXXX. A la sombra de un árbol, 542.—CXXXI. Proyectos felices, 546.—CXXXII. Aventura cédosa. —Secuestro, 553.—CXXXIII. Escenas lúgubres, 561.—CXXXIV. La resurrección, 564.—CXXXV. Triunfos de Sancho, 568.—CXXXVI. Cuentas exactas, 571.—CXXXVII. El principio del fin.—Azotaina, 577.—CXXXVIII. Tristes augurios.—Decepciones, 582.—CXXXIX. El testamento. Muerte de un justo. Epitafio, 591.—CXL. Anverso y reverso. Conclusión, 600.—NOTAS, 607.



8. 10. 1872

2. 10. 1872



MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

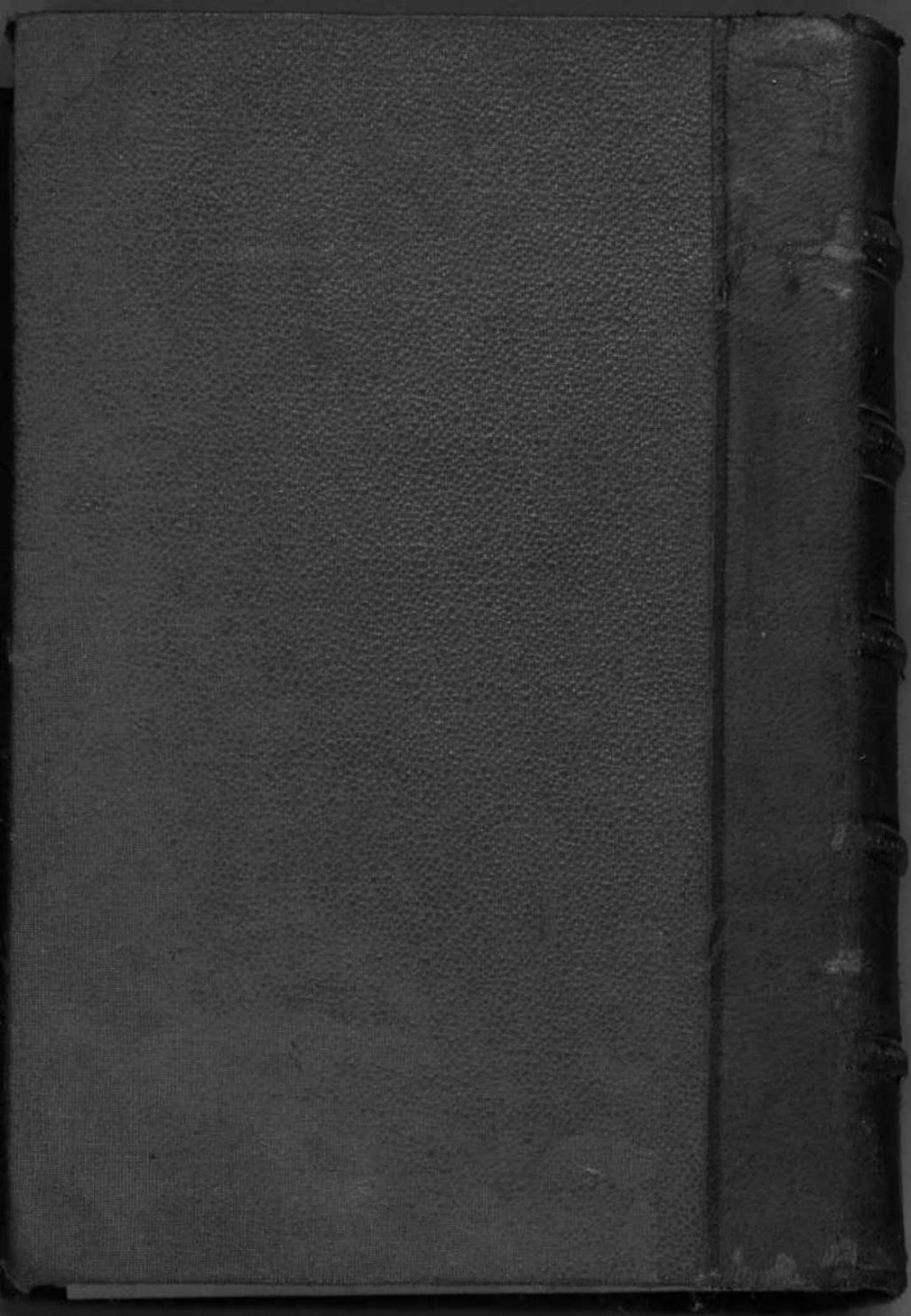
Pesetas.

Número. 4161 | Precio de la obra.....

Estante.. 71 | Precio de adquisición.....

Tabla..... 3 | Valoración actual.....

Número de tomos....



CARRILLO
DE ALBORNOZ

ROMANCERO
DE
EL INGENIOSO HIDALGO

2

4161.

S O de A